

la Guerra Hispanoestadounidense en 1898, pasando por la firma de los Pactos de Madrid en 1953 y hasta nuestros días, con España integrada en todos los organismos internacionales. Ángela Pérez hace referencia a la resistencia de sectores de la Iglesia Católica a la americanización de España durante el primer franquismo, centrada en las críticas de Acción Católica y la revista *Ecclesia* al cine de Hollywood por su representación de las mujeres con roles alejados del tradicionalismo católico que veían como moral. Poniendo el foco en los, muchas veces olvidados, exiliados republicanos españoles, Carmen de la Guardia hace un recorrido acerca de las visiones que estos exiliados en Estados Unidos tuvieron sobre su país de acogida, las cuales, como demuestra la autora, estuvieron siempre vinculadas a la política oficial estadounidense con respecto a España. Cristina Ortiz coge el ejemplo del nacionalismo vasco como muestra de cómo se construye identidad utilizando a Estados Unidos como un espejo que devuelve tanto reflejos positivos como negativos en función de las reivindicaciones nacionalistas pertinentes. Por último, José Luis Neila hace un repaso sobre exposiciones del Museo Reina Sofía y cómo algunos discursos antiamericanos se convirtieron en iconos culturales debido al contexto de americanización española de los años 1960 y 1970.

El último bloque de capítulos centra la mirada en el propio objeto de sentimientos antiamericanos y antiimperialistas: Estados Unidos, cuyas políticas imperiales y de expansión económica y cultural han sido analizadas en capítulos anteriores. Siguiendo las líneas marcadas por los estudios de la destrucción, Patricia Saldarriaga establece con la presidencia de Donald Trump una aceleración de la destrucción del tejido social estadounidense con el empleo de la violencia sistemática contra las minorías y cuerpos oprimidos, una actitud que la autora ha definido como "iconoclasta". La obra cierra con el análisis de David Coury, el cual establece que existe un conflicto cultural interno en Estados Unidos originado por el agotamiento del modelo neoliberal en el que la única alternativa que ha logrado surgir es abiertamente racista y culturalista y generadora de nuevos sentimientos antiamericanos hacia el estado norteamericano.

El libro finaliza sin un apartado de conclusiones, lo cual sigue la línea marcada en el capítulo introductorio, en el cual se resaltan las dificultades de analizar un fenómeno tan extenso y complejo como el antiamericanismo y se deja claro que la

obra contiene once de las muchas miradas que puede haber sobre este fenómeno. Sirva esta obra como punto de partida de nuevas investigaciones sobre el tema, y como muestra de lo que este grupo de investigación y este proyecto han logrado durante 18 meses en su intención por abordar las distintas perspectivas del antiamericanismo desde distintas disciplinas y metodologías. En un momento de turbulencia internacional, con la presidencia estadounidense en manos de uno de los presidentes más polémicos que se recuerdan, visiones como las contenidas en este libro pueden ayudarnos a encontrar puntos de fuga de lo que hoy en día sucede en el mundo.

Martín Jiménez, Virginia y Montero Díaz, Julio (coords.), *La televisión en Europa: la historia de sus orígenes*, Valencia, Tirant humanidades, 2019, 255 pp.

Por Pablo Berdón Prieto
(Universidad de Valladolid)

La televisión es, a nivel mundial, el gran medio de comunicación de masas de la segunda mitad del siglo pasado y buena parte de los años transcurridos en el XXI. Su importancia para la construcción de identidades en las sociedades posteriores a la II Guerra Mundial ha quedado sobradamente probada y plasmada en una cantidad nada desdeñable de investigaciones académicas. Sin embargo, las aproximaciones científicas a la historia de la *pequeña pantalla* han preferido decantarse por visiones más centralistas, analizando los sucesos televisivos desde una postura estanca y descontextualizada con el entorno internacional. Esta preeminencia de lo local frente a lo global es aún más acuciante en un plano español en el que tan solo destaca *La Historia de la Televisión* de Cascajosa y Frashad (2016) como libro de referencia de los últimos años.

Precisamente, Virginia Martín y Julio Montero, como coordinadores de la obra, han sabido leer esta carencia de la Academia y han ofrecido al lector una perspectiva necesaria y esperada de los orígenes televisivos en Europa. De todos modos no cabe esperar, en estas poco más de 250 páginas, un producto exhaustivo que abarque una comparativa de la totalidad de los países que forman el *viejo continente*, pero esto no resta mérito al libro de Tirant humanidades. Los autores consideraron que esta publicación debía tener un objetivo principal: ejercer de arie-

te que impulsara los estudios de comunicación con perspectiva histórica en el marco europeo. Y para ser una obra que pretende ser un acercamiento al objeto de estudio se ha conseguido reunir en diez capítulos investigaciones de once autores internacionales sobre catorce países distintos. Números que anticipan que este libro tiene una mayor importancia que la que pretenden darle sus coordinadores.

Obviando el título introductorio firmado por Martín y Montero, y que hace las veces de prólogo, la primera investigación pertenece a Fernando Ramos Arenas de la Universidad Complutense de Madrid y se centra en la República Democrática Alemana. La televisión de Alemania del Este ve la luz el mismo año que en España (1956) y parte, según el autor, de dos singularidades: su utilización como una forma de instrumentalización política por el Partido Socialista Unificado (SED) y la competencia de las ondas provenientes de la República Federal Alemana. El capítulo condensa cómo esta casuística afectó a unas estrategias de programación que buscaron desde sus inicios diferenciarse de las de sus vecinos.

Continúa la obra con un capítulo escrito por Muriel Hanot de la Universidad de Lovaina. En sus veintiséis páginas, el miembro del Conseil supérieur de l'audiovisuel explica cómo las particularidades culturales, lingüísticas e identitarias de Bélgica se vieron representadas en una televisión que, pese a llegar en 1953, no supuso ninguna revolución puesto que desde unos años antes se recibían los canales de los países vecinos de Francia, Holanda y Luxemburgo. Según cuenta Hanot, esta competencia internacional motivó la aparición de nuevas cadenas nacionales que emitían en varios idiomas.

El siguiente capítulo lleva la autoría de Manuel Palacio, uno de los grandes expertos en la historia de la televisión en España. Palacio plantea una investigación en la que se observa el cambio de posición de los franquistas con respecto a la TV: desde un periodo inicial en el que desconfiaron de las 625 líneas hasta la utilización de este nuevo medio como una de las herramientas del régimen para comenzar a abandonar el aislamiento internacional que vivía desde 1945. El autor cuenta también cómo la precariedad de los primeros compases de TVE estuvo a punto de convertirla en un canal privado.

Jean-Stephane Durán continúa este recorrido europeo desde Francia. La historia de los albo-

res de la televisión en este país se remonta a un periodo anterior al resto. En 1935 comienzan las emisiones televisivas desde una antena situada emblemáticamente en la Torre Eiffel. Pese a este aterrizaje precoz, el profesor de la Universidad de Paris Ouest-Nanterre La Défense defiende que la televisión estuvo muy desplazada por la radio en esta primera década, incluso los nazis llegaron a derribar su instalación en el famoso monumento parisino. Los gobiernos franceses tampoco se involucraron con el audiovisual después de la contienda, sin embargo, a comienzos de los cincuenta, ya existían 400.000 receptores en todo el territorio galo.

El caso de Italia fue muy distinto al anterior. Enrico Menduni, de la Universidad Roma Tre, cuenta en el sexto capítulo que la televisión llegó a su país en 1954 como fruto de la posguerra. Los gobernantes utilizaron la *pequeña pantalla* como correa de transmisión de los nuevos valores de paz y bienestar social. Para ello se nutrieron de las producciones norteamericanas que representaban un estilo de vida basado en el progreso y la riqueza.

En Polonia la televisión nació en 1952 en plena dictadura socialista. Urszula Jarecka ha estudiado en profundidad como esta televisión dirigida desde el aparato comunista fue significativamente diferente a la que nació en la zona occidental. Desde la Universidad Nacional de Varsovia, Urszula argumenta que la mano política no solo se notó en la información, sino que estuvo muy presente en los contenidos educativos, culturales y artísticos. Los políticos polacos utilizaron continuamente el medio audiovisual para legitimar su sistema.

Portugal es otro de los países en los que las primeras emisiones televisivas coincidieron con dictadores en el poder, y de la misma forma que en ocurrió en España, Salazar no estaba muy convencido de que esta nueva realidad mediática le granjeara beneficio alguno. Según cuenta Ricardo Morais, fue precisamente Franco el que convenció al luso para posibilitar la llegada de la televisión en 1955. Un hecho curioso del país atlántico es que, a diferencia de su antecesor, Marcelo Caetano comprendió y utilizó la televisión como medio legitimador de sus políticas. No en vano, la RTP fue uno de los primeros objetivos de los sublevados en la Revolución de los Claveles.

Joaquín Marín-Montín es el encargado del octavo capítulo del libro, dedicado a la televisión en

los países nórdicos. Esto supone un gran reto al sintetizar los primeros pasos televisivos de cinco estados (Noruega, Suecia, Finlandia, Dinamarca e Islandia). Marín-Montín disecciona los distintos modelos y busca diferencias y similitudes. Por ejemplo, salvo Islandia y Finlandia, el resto de los países apostaron por un monopolio financiado mediante derechos de licencia y no gracias a la publicidad. El investigador explora también la transposición de los valores socialdemócratas de estos gobiernos a una televisión que comenzó a implantarse desde Dinamarca (1951) hacia el resto de los países. Islandia fue el último país que produjo su propia señal televisiva en 1966.

En este repaso de los orígenes de las televisiones europeas no podía faltar la BBC. En el penúltimo capítulo de la publicación, David Archibald hace un repaso crítico de los primeros años de una cadena que comenzó a emitir ya en 1936. Archibald defiende que la exigencia de la sociedad británica con su cadena la convierte en un caso paradigmático de valoración positiva a nivel internacional. La BBC contó con un monopolio mediático hasta 1954, no obstante, durante los años de guerra, su actividad cesó.

Tena Perisin y Zrinjka Peruko asumieron con un gran resultado la difícil tarea de cerrar esta obra comparativa. Su investigación se centra en la televisión yugoslava y, en concreto, en el caso de TV Zagreb. Un canal que, pese a nacer en 1956 bajo el yugo y las restricciones de Tito, gozó en sus primeros años de una cierta autonomía, al igual que el resto de los estados que formaban la república extinta. Tanto fue el aperturismo audiovisual que incluso se dejó de lado el bloque del Este y se unieron a Eurovisión. Pero con la llegada al poder de Slobodan Milosevic se comenzó a restringir cualquier cooperación entre las distintas televisiones estatales y se impuso la visión serbia.

En el prólogo, como se ha indicado antes, los coordinadores pecan de humildad al dar por sentado que esta publicación carece de conclusiones generales al no presentar un estudio más numeroso, sin embargo, una muestra de catorce países es suficiente para conocer cuáles fueron las particularidades del medio incipiente.

Según se avanza en la lectura va quedando claro la importancia que tuvo la situación mediática de los países vecinos, de sus relaciones geopolíticas y, en general, de los estudios comparados. Esta obra se sumerge, precisamente, en las dis-

tintas formas de relación entre las televisiones de distintos países: desde influencias directas por cuestiones geográficas o ideológicas a producciones extranjeras que se convierten el sustento principal de la programación. Otro aporte positivo de este libro es la convivencia de muchos de los estudios en una horquilla temporal de quince años, lo que aporta un conocimiento global de cómo sucedió la llegada y asentamiento del medio televisivo.

Además de una muestra de cómo otros estados influyen en la televisión nacional, estos diez capítulos presentan dos debates sobre los que no se ha explorado hasta la época: la competencia entre los distintos países por una televisión más potente ya sea desde para un objetivo de servicio público en las democracias o como sistema de propaganda en regímenes más restrictivos, y un listado de los recursos que utilizaron los distintos gobiernos para controlar el uso y la recepción de los mensajes televisivos.

Estas nuevas vías de la investigación han podido aflorar gracias al diseño del libro y demuestran al lector el gran valor de *ver* la televisión desde más allá de las fronteras nacionales. Por lo tanto, parece seguro que cumplirá el objetivo que se marcaron Virginia Martín y Julio Montero de dar ideas para nuevos trabajos transcontinentales sobre la historia de la televisión, quién sabe si completando el mapa o profundizando en las ideas que florecen a lo largo de su magnífica obra.